

Roma. Los enemigos del papa temblaron ante la espada de Carlomagno, y, algunos meses despues, Leon III efectuaba la entrada en su ciudad pontificia, en medio de las aclamaciones de todo un pueblo, ébrio de júbilo por la vuelta de su padre... El año siguiente, Carlomagno fué en persona á Roma á fin de completar la obra de la pacificación... El humilde y piadoso pontífice quiso justificarse ante él de las acusaciones calumniosas que sus asesinos habian propalado para excusar su atentado. En la basilica de San Pedro celebróse una numerosa reunion de obispos y de señores laicos, francos y romanos. El rey y el papa se sentaron é hicieron sentar á los arzobispos, obispos y abades. Los sacerdotes y los seglares permanecieron en pié. El rey tomó la palabra; expuso el motivo de la reunion; mas todos los arzobispos y obispos exclamaron con una sola voz: *No nos corresponde á Nos el juzgar á la Silla apostólica, que es la cabeza de todas las iglesias de Dios. Nos somos juzgados todos por esta Silla y por el Pastor que la gobierna. Mas él no es juzgado por nadie. Tal es la antigua costumbre. El soberano Pontífice se juzgará á sí mismo y á nosotros mismos.* ¡Qué exclamacion tan admirable! El dia siguiente, la asamblea reunióse de nuevo en la Iglesia de San Pedro, el papa subió á la tribuna, y teniendo en su mano el libro de los Evangelios, pronunció en alta voz el juramento siguiente: «Yo Leon, Pontífice de la santa Iglesia romana, por mi propio impulso y voluntad, juro delante de Dios, que sondea el fondo de las conciencias, en presencia de los ángeles, del bienaventurado apóstol «san Pedro y de vosotros todos que me escuchais, que yo «no he cometido, ni ordenado ninguna de las acciones «que se me han imputado... Yo apelo de ello al Juez supremo, ante cuyo tribunal debemos comparecer todos nosotros. Hago este juramento sin estar obligado á ello, y «sin pretender hacer del mismo una costumbre ó una ley «para mis sucesores, sino solamente para desvanecer más «claramente algunas injustas sospechas.»

No bien el papa hubo terminado dichas palabras, los

obispos entonaron el *Te-Deum*, que fué cantado por el clero, el rey y el pueblo.

El dia de Navidad del año 800, Carlomagno dirigióse á la basilica de San Pedro para asistir allí á los oficios de la fiesta... Á su aparicion en la iglesia, iluminada con mil luces, el pueblo, á pesar de la santidad del lugar, hizo una explosion de su júbilo por medio de prolongadas aclamaciones. Carlomagno impuso silencio á la multitud y postrose delante del altar.... Leon III, revestido de los ornamentos pontificales, acercóse al monarca, y depositó sobre su cabeza una corona de radiante pedrería. Un inmenso grito, salido de todos los pechos, hizo estremecer entonces las bóvedas de la basilica. «Vida y victoria á Carlos, «augusto, grande y pacífico emperador de los romanos, «coronado por la mano de Dios.» El Papa derramó el óleo santo sobre la frente de Carlomagno; luego inclinándose delante del novel emperador, fué el primero en rendirle sus homenajes...

Dicha alianza consagrada por Leon III entre la Iglesia y el Estado ha sido uno de los principales motivos de las iras desencadenadas contra aquel.

Hé aquí porque con ocasion del concilio del Vaticano y de la proclamacion del dogma de la infalibilidad, cierta prensa impía sacó á relucir las odiosas calumnias lanzadas en otros tiempos contra el mismo y de las cuales ha sido tan gloriosamente vindicado.

Yo hubiera podido multiplicar al infinito esos ejemplos tan consoladores de los mentis dados por la historia verídica á las acusaciones formuladas, con más malignidad todavía que ligereza, contra la religion católica. Mas preciso es detenerse. Ya he dicho lo bastante para tener el derecho de afirmar muy alto que la ciencia de la historia, lo mismo que todas las demás ciencias, tiende naturalmente la mano á la revelacion como á una hermana benedita é incontestablemente divina.

## EPÍLOGO.

Séame permitido el publicar como coronamiento de la demostracion victoriosa, en mi concepto, de estas dos proposiciones fundamentales: *La Ciencia, ausiliar de la Fé; la Fé, salvaguardia de la Ciencia*, estos solemnes transportes de las almas, de las inteligencias y de los corazones del gran Kepler y del gran Newton, llegados al término de su grande obra: *Los cuatro Libros de las armonias celestes; El Libro de los Principios matemáticos de la Filosofía natural*, cuyas inspiraciones son igualmente por sí solas unos vivos esplendores de la Fé.

*Kepler.*—«Y ahora, réstame sólo levantar las manos y «los ojos hácia el cielo y dirigir con devocion mi humil- «de plegaria al Autor de toda luz: ¡Oh tú, que ves los su- «blimes resplandores que tú derramaste sobre toda la na- «turalza, eleva nuestros deseos hasta la divina luz de tu «gracia; ¡yo te bendigo! Señor y Criador de todos los gozos «que he experimentado en los éxtasis en los cuales me ha «abismado la contemplacion de la obra de tus manos. Hé «aquí que yo he terminado este libro que contiene el fru- «cto de mis trabajos, y en cuya composicion he empleado «todo el caudal de inteligencia que tú me concediste. Yo «he pregonado á la faz de los hombres toda la grandeza de «tus obras, demostrándoles sus perfecciones tanto como «los alcances de mi entendimiento me permitieron abar- «car su estension infinita. Yo he procurado con todas mis «fuerzas remontarme hasta la verdad, conocerla con toda «la perfeccion posible, y, si se me hubiera escapado al- «guna palabra indigna de tí, ... házmela conocer á fin de «que yo pueda borrarla. ¿No pudiera haberme dejado ar- «rastrar por las seducciones de la presuncion en pre- «sencia de la belleza admirable de tus obras? ¿No he po- «dido buscar mi propia gloria entre los hombres, al le-

«vantar este monumento, que debia ser exclusivamente «consagrado á tu gloria? ¡Oh! si así fuera, recíbeme en tu «clemencia y misericordia, y otórgame esta gracia: que la «obra que acabo de terminar sea siempre impotente para «producir el mal, y que contribuya por el contrario á tu «glorificacion y á la salvacion de las almas!»

*Newton.*—«Dios lo rige todo, no como alma del mundo, sino como Señor universal de todas las cosas. Y á causa de su soberanía ó señoría suele llamársele el Señor Dios, *ΤΑΥΤΟΚΡΑΤΩΣ*; y esto sucede así, porque Dios es un término relativo con el cual designase la relacion entre el dueño y el esclavo, y la deidad es la soberanía de Dios, no la que él ejerciera sobre su propio cuerpo, segun pretenden aquellos filósofos que hacen de Dios el alma del mundo, sino la que ejerce sobre sus siervos. Ese Dios supremo es un sér eterno, infinito, absolutamente perfecto: más un sér que carece de soberanía, aun cuando fuera perfecto, no es de ningun modo un Señor Dios. En efecto, nosotros decimos: mi Dios, vuestro Dios, el Dios de Israel, el Dios de los dioses y el Señor de los señores; mas no decimos: mi Eterno, vuestro Eterno, el Eterno de Israel, el Eterno de los dioses; no decimos: mi Infinito ó mi Perfecto, y la razon de ello estriba en que dichos títulos no designan en manera alguna un sér como soberano sobre unos esclavos. En general, la palabra Dios significa Señor, mas todo señor no es Dios. Lo que constituye el Señor Dios es la soberanía á título de sér espiritual; si ella es real, él es real; si ella es suprema, él es supremo; si ella es imaginaria, imaginario es él. Del hecho de ser esa soberanía real, despréndese que Dios es real, que es viviente, inteligente, poderoso. De sus demás perfecciones síguese que él es supremo ó supremamente perfecto. Él es eterno, infinito, omnipotente y omnisciente, es decir, él dura desde la eternidad, él llena la inmensidad con su presencia, él lo rige todo y lo conoce todo, lo que sucede y lo que puede acontecer. Él no es la duracion ni el espacio,

mas él dura y está presente, él dura siempre, y él se halla presente en todas partes, él constituye la duracion y el espacio. Así como cada partícula del espacio existe siempre, y como cada momento indivisible de la duracion existe en todas partes, así tambien es imposible que el artifice y dueño soberano de todas las cosas carezca de ser en un momento cualquiera, ó en algun punto cualquiera. Toda alma pensadora es la misma persona indivisible en diversos tiempos, en sus diferentes sentidos, en los diferentes movimientos de sus órganos. Si hay algunas partes sucesivas en nuestra duracion y simultáneas en nuestra estension, no las hay de especie alguna, ni sucesivas, ni simultáneas en nuestra persona, es decir, en nuestro principio pensante. Con más poderosa razon no hay ninguna de estas en la sustancia pensadora de Dios. Todo hombre, en cuanto sér pensador, es un solo hombre, y el mismo hombre al través de toda la duracion de su vida, en todos sus órganos y en cada uno de sus órganos. Del mismo modo, Dios es un solo y mismo Dios siempre y en todas partes: él es omnipotente, no solamente por su poder activo, sino aun por su sustancia misma; puesto que el poder no puede subsistir sin la sustancia. Todas las cosas hállanse contenidas en él y se mueven en él, sin que en él ni ellas experimenten por tal causa impresion alguna, toda vez que él no es afectado de ningun modo por los movimientos de los cuerpos, y los cuerpos tampoco encuentran resistencia alguna en la omnipresencia de Dios.»

*El M. Dumas.*—En su discurso de recepcion en la Academia francesa, el 10 de junio de 1876, el M. J. B. Dumas, secretario perpétuo de la Academia de ciencias, pronuncio las siguientes generosas y solemnes palabras, coronadas de aplausos entusiastas por el auditorio escogido, elegante é ilustrado que las escuchaba, pero que en el campo del libre pensamiento han escitado grandes y ruidosos furros.

El recipiendario admitido hacia el elogio de otro grande

hombre, Guillermo Guizot, y habia llegado el momento de juzgar al eminente escritor y hombre de Estado, bajo el punto de vista de sus convicciones religiosas. Entonces fué cuando Dumas dijo con voz elocuente, inspirada y profundamente simpática:

«Las convicciones religiosas del M. Guizot imprimen en sus pensamientos y en sus escritos un sello de gravedad, en el cual se reflejan la confianza y la resignacion, y en el cual predomina la autoridad: como quiera que ellas eran hijas de un profundo respeto hácia las tradiciones de familia, que la esperiencia habia robustecido. Los dos volúmenes de meditacion en los cuales las espone, resumen un trabajo que le ocupó durante su vida entera. El considera allí la esencia de la religion cristiana, la fundacion del cristianismo, su estado presente y su porvenir. No cabe dudar de que lo que le inspiró dichas páginas fué la necesidad de contrarrestar el espíritu de su época. Como cristiano, afligianle las tendencias que se traslucian en torno suyo, como consecuencia de la filosofia del último siglo. Como hombre de Estado, ellas le habian aterrado, convencido de que sin religion no hay ni seguridad para el débil, ni freno para el fuerte, ni lazo para las familias, ni duracion para la sociedad. Las luchas que habia sostenido en favor de la libertad política y por el sostenimiento del órden social segun la ley, le habian enseñado lo que valen la fé y la libertad cristiana para la salvaguardia de la civilizacion amenazada: él tomaba su defensa con el mayor ardor.

«Desde las primeras lineas de sus escritos, la gravedad de los pensamientos, la nobleza del lenguaje y la imparcialidad de los juicios, elevan la inteligencia del lector á la altura de las cuestiones que van á ser debatidas. ¿De dónde viene el hombre? ¿A dónde vá él? ¿Cuáles son sus relaciones con el legislador del mundo? El infortunio tan frecuente de los buenos, y la dicha tan chocante de los malos ¿es acaso un estado definitivo? ¿Por qué el hombre

agobiado por el dolor busca un auxilio, un apoyo más allá y superior á sí mismo, con la invocación y la súplica?

«Esas dudas perturbaron siempre el alma humana, y desde el origen de la civilización se plantea á nuestra vista la cuestión de la naturaleza del hombre y de sus destinos, de sus deberes y de su responsabilidad. Para responder á ella, la antigüedad habia encontrado cuatro sistemas: el sensualismo, que hace derivar todo conocimiento de los sentidos; el idealismo, que hace de ello mera obra del entendimiento; el escepticismo, que nada afirma, aun en el mundo sensible; y el misticismo, que lleva las creencias hasta la exageración. El M. Guizot reduce, con M. Cousin, la ciencia filosófica del tiempo presente, la de todos los tiempos, á dichos cuatro sistemas tan prontamente inventados, y de los cuales el hombre jamás ha podido salir, permaneciendo siempre en faz de un insoluble problema. Él reconoce, por el contrario, que las teorías de las ciencias naturales, al principio inciertas, se perfeccionan andando los siglos; más él atestigua con los más grandes genios, que, si ellas dirigen su mirada más arriba, más lejos y á mayor profundidad, no es sin estrellarse, á su vez, en invencibles obstáculos.

«Por qué la ciencia del hombre, completa desde las primeras edades, ha dado en el blanco con un solo disparo? Por qué la ciencia de la naturaleza, remontándose á una concepción siempre más abstracta de los hechos, vé alejarse sin cesar el objeto que ella investiga? Es que el hombre, estudiándose á sí propio, bien pronto reconoció que más allá de los órganos hay una voluntad; más allá de los sentidos, encima del barro de que su cuerpo se halla amasado, un alma, cuya naturaleza, origen y destinos ignora. Cuando el materialismo declara que nada hay en la inteligencia que no haya estado en primer lugar en la sensación, Leibnitz puede responderle: «Si no es la inteligencia misma, fuente única del poder.» Desde que el hombre piensa, el sentimiento de lo infinito le es revelado, y mostrándose lo infinito inaccesible, su pensa-

miento detiénese al borde del abismo de lo desconocido. Teniendo ante sí á la naturaleza, observando los hechos, y remontándose hácia su causa primera y soberana, tenía necesidad, por el contrario, de este trabajo, cuyo origen data de cuarenta siglos y se pierde en la noche de los tiempos, para reconocer que lo infinito es todavía lo que se oculta á sus ojos; pero, cuanto más él adelanta, tanto más clara se le aparece esa verdad superior.

«Esas conclusiones esplanadas por el señor Guizot con la autoridad que le es propia, van enderezadas á la filosofía del sensualismo: ellas no son desmentidas por los estudios del tiempo presente. Varios grandes descubrimientos han enriquecido á las ciencias; háse dicho aún que habian llegado, por último, á los límites que separaron hasta aquí á la materia y al espíritu. No hay tal. La astronomía, es cierto, no representa ya el firmamento como una bóveda sólida sobre la cual estuvieran fijas las estrellas; sus instrumentos y cálculos sondan y sumérgense en el vasto universo; la mecánica abre, al través de los istmos y las montañas, senderos al comercio de las naciones; la física transporta al pensamiento en alas de la electricidad, de uno á otro hemisferio, con la velocidad del relámpago; la química penetra con su análisis hasta las profundidades estremas de los cielos y reproduce con sus síntesis los perfumes más suaves, ó los matices más delicados de las flores que adornan la tierra. Sin embargo, el espacio, el tiempo, el movimiento, la fuerza, la materia, la creación de la materia bruta y la nada, permanecen siempre otras tantas nociones primordiales cuya comprensión nos escapa.

«La fisiología, por su lado, nos muestra las plantas preparando, bajo la influencia del sol, los alimentos de los animales; la destrucción de los animales restituyendo á las plantas los principios con los cuales ellas se sustentan; la materia mineral formando la trama de las materias orgá-

nicas bajo la influencia de la vida. ¡Mas ella nada sabe de la naturaleza y del origen de esa vida que se trasmite misteriosamente de generacion en generacion, desde su aparicion sobre la tierra! ¿De dónde viene la vida? La ciencia lo ignora. ¿A dónde vá la vida? La ciencia no lo sabe; y siempre que se afirma lo contrario en su nombre, se le atribuye un lenguaje que tiene el deber de desmentir.

«M. Guizot ha defendido el cristianismo contra un escepticismo espiritual y quisquilloso; él ha dejado para otros de vosotros, que no faltarán á la tarea, el cuidado de defender la personalidad del alma humana contra el oleaje creciente de la filosofia de la naturaleza. El materialismo de Empédocles, revestido de la poesia seductora de Lucrecio, habíase eclipsado desde la aparicion de la moral cristiana; él reaparece al cabo de dos mil años, rejuvenecido por una interpretacion controvertible de los descubrimientos de la ciencia moderna. Del mismo modo que el cuerpo del hombre se forma por algunas trasformaciones de la materia, quiérese que la vida nazca y que la conciencia se produzca por simples transformaciones de la fuerza. Así como despues de la muerte, el cuerpo del hombre vuelve á la tierra de donde saliera, quieren que la vida y la conciencia vayan á un mismo tiempo á perderse y confundirse en el vasto sacudimiento de los movimientos secretos que agitan el universo. Nacer sin derechos, vivir sin fin alguno y morir sin esperanza, tal fuera nuestro destino, suficiente acaso para la satisfaccion de esos raros espíritus que pasan por el mundo sostenidos por la curiosidad ó por la satisfaccion de la dificultad vencida, por el orgullo tal vez, pero con el cual el conjunto de los hombres no se contentará ciertamente.

«Al través de los éxitos y los fracasos, las victorias y las derrotas, en presencia de grandes virtudes y de tristes caídas, la Europa cristiana prosiguiendo su objetivo, desde mil seiscientos años, ha hecho prevalecer lo que no se

había conocido en ningún país, en ningún pueblo y en ningún tiempo: el derecho de todos los hombres á la justicia, á la simpatía y á la libertad. M. Guizot quiere que eso no se olvide. Bajo la nueva ley moral, menester es no olvidarlo, el derecho no ha abdicado más ante la fuerza, la justicia se ha extendido sobre todas las nacionalidades, la simpatía no ha tenido más en cuenta el color ó la opinion de los hombres, la libertad ha rehabilitado á las castas y razas decaídas; el más humilde háse visto protegido por su origen divino, y el más grande háse sentido responsable ante la eternidad. La religion, la moral y la civilizacion de Europa estriban sobre esa base firme del derecho de todos los hombres á la justicia, á la simpatía y á la libertad, obra del cristianismo; aquellos que poseen esos grandes bienes los conservarán; aquellos que se hallan todavía privados de ellos los adquirirán á su vez por el progreso de la política; al mismo tiempo la fiebre pasajera del pensamiento científico, en vías de alumbramiento, que amenaza á esas sólidas doctrinas, y que nada posee para su sustitucion, se calmará como ella se calmó en otros lejanos tiempos.»

M. Leverrier. — Al cuádruple testimonio de Kepler, Newton, Guizot y M. Dumas, tengo á dicha el poder añadir el del más sabio é infatigable émulo y continuador del autor inmortal de la *Astronomía nueva* y de la *Armónica de los mundos*; algunos dias despues del discurso de M. Dumas, el 5 de junio, M. Leverrier, al presentar á la Academia de ciencias sus últimos pequeños fragmentos de sus *Investigaciones astronómicas*, comprendiendo la teoría y las tablas del Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno y Neptuno, espresóse así: «Durante este largo trabajo, proseguido por espacio de treinta y cinco años, hemos sentido la necesidad de estar sostenidos por el espectáculo de una de las más grandiosas obras de la creacion, y por el pensamiento de que ellas afianzaban en nosotros las verdades imperecederas de la filosofia espiritualista. No, pues, sin emocion hemos oido, en la última sesion de

la Academia francesa, á nuestro ilustre secretario perpétuo afirmar los grandes principios, que son la fuente misma de la ciencia más pura. Esa elevada manifestacion subsistirá como un honor y una fuerza para la ciencia francesa. Yo me congratulo de que la ocasion se haya presentado de hacerla resaltar en el seno de [nuestra Academia y de concederle una cordial adhesion.]

¡Esplendor! ¡Esplendor!

FIN DEL TOMO TERCERO.

## APÉNDICES AL TOMO III.

### APENDICE A.

*Una hipótesis sobre el diluvio*, por M. el abate Gainet, cura párroco de Cormontreuil, autor de la *Biblia sin la Biblia*.

(Acuerdo de la *Biblia y de la Geología*. In-8.º; París, Vaton, 1866. Páginas 321 y siguientes.)

«Voy á permitirme un paso muy atrevido; pero obsérvese, por otra parte, que yo doy esas ideas como una hipótesis esplicativa de los fenómenos cuaternarios. Esta hipótesis apóyase, por un lado, sobre todos los hechos admitidos, y allí donde yo admito algunas conjeturas, ellas no son contrarias á ninguna de las cosas probadas con evidencia. Yo sigo paso á paso la reseña de Moisés, y esa reseña viene á ser para mí el hilo de Ariadna.

«Yo considero simplemente las palabras de Moisés, dándoles el sentido más lato que pueden tener, pero sin sacrificar nada de aquello que es irreductible en el texto sagrado. Nosotros tenemos el derecho de interpretacion segun las reglas admitidas por la Iglesia, mas no el derecho de colocar nuestro pensamiento en el lugar del pensamiento del Espíritu Santo.

«Nosotros concedemos que el diluvio sólo fué universal para los países habitados por los hombres; puesto que los hombres, siendo solos culpables, eran directamente el objeto del castigo divino.

«Nosotros admitimos que, sobre los puntos del globo en